

Un zamorano emigra a América para trabajar en sectores carenciados

José Parriego Pérez

Nacido en un pequeño pueblo del sur de la capital, Peleas de Arriba, el 8 de marzo de 1935, hijo de un obrero de vía y obras de la Renfe, me ocupé, ya desde la adolescencia, en tareas agrícolas a bajo nivel, cultivando unas cuantas tierras y viñas que mi padre, con gran esfuerzo, logró ir comprando y cuidando en los escasos ratos libres que le dejaba su trabajo como obrero en la Renfe.

Desde muy corta edad yo empecé a soñar en labrar un buen porvenir fuera del pueblo.

Hice mi primaria en el pueblo, sin destaque alguno, pero muy aficionado a la lectura. En el pueblo no tuve acceso a otros estudios más que el de técnico topográfico que estudié por correspondencia pero sin terminar.

Al fin, a los 20 años, con sólo la primaria, marché a Madrid ingresando como voluntario en Topografía Militar del Ejército.

En 1956 me trasladé a Valencia para realizar prácticas de campo, cabo ayudante de topógrafo en el relevamiento [sic] de datos para los mapas del Ejército.

Habiendo alcanzado la graduación de Cabo 1º, comencé a sentir vivos deseos de estudiar para maestro por considerar que podía prestar un servicio mayor a la sociedad siendo maestro que siendo topógrafo militar. ¡Sentía grandes deseos de trabajar por los demás! Más que un buen porvenir para mí, buscaba ya más bien dedicarme al servicio de los demás.

Pero no iba a estar a mi alcance estudiar Magisterio por carecer de recursos y sobre todo porque aún no había hecho formalmente la secundaria, si bien autodidácticamente ya había alcanzado un notable nivel de cultura general.

Poco después decidí entrar en la Orden Dominicana y en 1958 marché a Cardedeu (Barcelona) para ingresar como religioso dominico.

Allí, en un gran seminario de los dominicos, hice el noviciado y los primeros estudios de Filosofía con dispensa especial de mis superiores por no tener aún la secundaria y tener ya 23 años. Tres años después decidí dejar los estudios y pasar a Hermano cooperador (religioso no sacerdote) pasando a residir de nuevo en Valencia, destinado a ejercer el cargo de secretario privado del superior provincial.

Leyendo por entonces la célebre encíclica *Populorum Progressio*, sentí grandes tentaciones de salir de la Orden (los dominicos) y marchar con otro compañero a vivir a una barriada pobre concibiendo una vida extremadamente austera, trabajando con ellos y para ellos. Incluso contacté con Cáritas Diocesana. Pero al final, los dominicos me convencieron que, si quería trabajar con los pobres, me viniera a América, a sectores sociales muy carenciados. Hice la profesión solemne y mi superior me destinó a este país (Paraguay) a donde llegué como misionero en octubre de 1968.

El viaje lo hice –costeado por el CIME– en un barco italiano, el “Augustus”, partiendo desde Barcelona a Buenos Aires haciendo escala en Lisboa (Portugal), Santos (Brasil) y Montevideo (Uruguay). El viaje duró 20 días. Lamentablemente no me saqué fotos de ese viaje ni de ningún otro.

De Buenos Aires a Asunción vine en autobús, que era el medio más barato, como lo es ahora aunque muy cansador [sic].

Mi primer cometido aquí fue colaborar con un sacerdote dominico en la experimentación de una granja de explotación de conejos y cerdos en beneficio de un orfanato. Entre tanto, estábamos elaborando un proyecto de creación y equipamiento de una escuela de oficios para trabajadores y trabajadoras de escasos recursos, aspirando a recibir una ayuda externa para tal fin. Entonces la capacitación laboral era una gran prioridad en el país.

Meses después pasamos a encargarnos de la terminación de la construcción y equipamiento de una iglesia (con gran afluencia de fieles de devoción popular que iba a ser apoyo económico para el funcionamiento de la escuela).

En los primeros cuatro años no tuve un trabajo directo con los pobres (con los “empobrecidos” como se dice ahora). ¡No me sentía realizado en mi ideal!

En 1972 dejé la vida religiosa y formé una familia. Me casé con una paraguaya con la que he tenido cuatro hijas (tres de ellas actualmente casadas).

Una vez construida la escuela, volví a colaborar con el dominico fundador en el equipamiento y administración.

Comenzamos a impartir cursos de formación profesional para trabajadores carenciados [sic] en el año 1974. Primero me ocupé como administrador, luego como jefe de capacitación y por último como director, desde 1994.

Desde entonces este centro tiene ya en su haber 718 cursos, en distintos oficios, y 27 en informática, con unos 12.500 egresados en total.

La escuela, cedida en propiedad a la Iglesia católica, pero bajo la dirección y administración, por tiempo indefinido, de la Orden dominicana de la que yo sigo formando parte como dominico laico, desde 1993, es una de las obras sociales más importantes que tiene la Iglesia local.

Está reconocida oficialmente por el Gobierno, como Centro Colaborador, uno de sus más grandes centros colaboradores. Los diplomas que expedimos, además de llevar mi firma, sello y logotipo de la Escuela, llevan también el logotipo, sello y firma del Director General del Servicio Nacional de Promoción Profesional y el logotipo, sello y firma del Ministro de Justicia y Trabajo (del cual depende el mencionado ente estatal de formación profesional acelerada).

Una voluntad férrea, con un profundo sentido de responsabilidad y, sobre todo, con grandes y constantes deseos de servir a las clases necesitadas, ha hecho que yo pueda haber administrado y dirigido, con escasos recursos económicos... (porque el Estado no nos ayuda nada), durante 11 años este centro privado de formación profesional. Y esto sin tener estudios académicos formales.



Escuela Politécnica "Cirilo Duarte". Asunción (Paraguay).

Todavía me considero con fuerzas para continuar por un tiempo en este cargo en el que mantengo, no porque me esté resultando lucrativo, pues mi sueldo asignado al mes no alcanza los 1.800.000 guaraníes (¡unos 223 euros!). Es mi ideal de servir a los pobres. Mi sensibilidad hacia ellos, lejos de decrecer, ha ido aumentando.

Sólo pesa sobre mí, la realidad de tener ya 70 años y no tengo –ni nadie de los que trabajamos aquí tiene– ningún tipo de seguridad social, es decir, no tenemos jubilación.

¡Me considero como uno de los muchos embajadores de la solidaridad española que vinieron a América!

Vine a Paraguay por un ideal. Ninguna pretensión de hacer fortuna.

En los 36 años que llevo viviendo aquí sólo he ido dos veces a Zamora a visitar a mis familiares. Dos veces que la Orden dominicana me pagó el viaje, porque trabajando con los pobres uno no gana para hacer viajes de tan alto costo. La primera vez fue, de soltero, en 1971 para visitar a mi madre y a mis hermanos (mi padre ya había fallecido en 1960). Estando aquí ya casado y con una hijita, en 1978, falleció mi madre y no me fue posible ir para el sepelio.

Recién, en 1989, fui por segunda vez, con mi esposa a visitar a mis dos hermanas que vivían en Zamora y a un hermano que vivía en Nava del Rey (Valladolid), y por supuesto, también visitamos la tumba de mis padres. Aquella visita a mis seres queridos sólo fue por 15 días.



Certificado instalador electricista.

Mi hermano ya falleció (1996) y una de mis termanas también (2004). A ninguno de los dos pude ir, por supuesto, para el sepelio.

Tengo 31 años de casado, en plena armonía con mi esposa y con cuatro hijas que tengo, mayores de 18 años las cuatro (dos casadas, una separada y la menor soltera).

Las dos menores y yo figuramos en el censo electoral de Zamora. La segunda en el de Madrid. Emitimos puntualmente nuestro voto a excepción de mi hija mayor que nunca ha recibido las papeletas. (En febrero pasado tampoco recibió las papeletas para el referéndum el 20 de febrero. En fecha 3 de ese mes yo remití una carta de reclamación a la Sra. Presidente de la Junta Provincial de Zamora. Aún no he obtenido respuesta).

¿Mi perfil moral...? De costumbres muy austeras, vivo muy entregado a mi tabajo con la gente carenciada, volviéndome cada vez más sensible a las necesidades de los demás, precisamente en un país tan empobrecido por los malos gobiernos que estamos teniendo. ¡Muchos trabajadores están sin trabajo! Y recogiendo materiales descartables [sic] por las calles, apenas juntan para hacer una comida al día. ¡Me duele que haya tantas desigualdades sociales! Hay sectores que están lanzando un SOS a ONGs que quieran ayudarles, porque han perdido la confianza en las instituciones gubernamentales que podrían hacerles salir de ese estado de indigencia.

Las personas con quienes contacto cada día no son holgazanes que piden limosna sino trabajo para poder ganarse la vida. Yo les preparo en un oficio; les capacito laboralmente; y encuentro después trabajo para algunos, pero la mayoría... sólo encuentra chapuzas para ir sobreviviendo.

¡Me hubiera gustado haber hecho mucho más por esta gente!